

Agatha Christie[®]



**EL TESTIGO
MUDO**

booket

Agatha Christie

El testigo mudo

Traducción de Ángel Soler Crespo



1

LA SEÑORA DE LITTLEGREEN HOUSE

La señorita Arundell murió el día 1 de mayo. Aunque la enfermedad fue breve, su muerte no causó mucha sorpresa en la pequeña población de Market Basing, donde había vivido desde que tenía dieciséis años. Por una parte, Emily Arundell, la única superviviente de cinco hermanos, había rebasado ya los setenta y, por otra, durante muchos años había estado aquejada de mala salud. Además, unos dieciocho meses antes, había estado a punto de morir a causa de un ataque muy similar al que acabó con su vida.

Aunque la muerte de la señorita Arundell no extrañó a nadie, sí ocurrió algo relacionado con ella que causó sensación. Las disposiciones de su testamento suscitaron las más variadas emociones: asombro, cólera, profundo disgusto, rabia, enojo, indignación y comentarios para todos los gustos. ¡Durante semanas, tal vez meses, no se habló de otra cosa en Market Basing! Cada cual aportó su opinión sobre el asunto, desde el señor Jones, el tendero, quien sostenía que «la sangre es más espesa que el agua», hasta la señora Lamphrey, de la estafeta de Correos, quien repetía *ad nauseam*: «Algo hay detrás de todo esto, ¡estoy segura! ¡Ya lo veréis!».

Lo que añadió más salsa a las especulaciones sobre el caso fue el hecho de que el testamento hubiera sido otorgado el día 21 del abril anterior. Teniendo en cuenta que los parientes más próximos de Emily Arundell habían pasado

con ella la Pascua de Resurrección pocos días antes, se comprenderá con qué facilidad tomaron cuerpo las más escandalosas teorías, rompiendo de manera placentera la monotonía de la vida cotidiana de Market Basing.

Existía una persona de quien se sospechaba con fundamento que sabía mucho más sobre el asunto de lo que ella misma admitía. Era Wilhelmina Lawson, señorita de compañía de Emily. Pero esta insistía en que sabía tanto sobre el caso como cualquier otro y añadía que se había quedado muda de estupor al hacerse público el contenido del testamento.

Mucha gente no se lo creía, por supuesto. No obstante, tanto si la señorita Lawson estaba enterada como si no, lo cierto era que solamente una persona conocía la verdad. Y esa era la difunta señorita Arundell. Emily Arundell había hecho lo mismo que siempre: actuar de acuerdo con lo que consideraba más conveniente. Ni siquiera le dijo una sola palabra a su propio abogado acerca de los motivos que originaron sus actos. Se limitó a dejar que sus deseos quedaran bien claros.

En esta reticencia podía encontrarse la clave del carácter de Emily Arundell. En todos los aspectos, era un producto típico de su generación. Tenía tanto sus virtudes como sus vicios. Era autocrática y, a menudo, despótica, pero también muy afectuosa. Pese a su lengua viperina, sus acciones eran bondadosas. Desde fuera parecía sentimental, pero en su fuero interno era sagaz. Había tenido una gran cantidad de señoritas de compañía de las que abusó despiadadamente, aunque las recompensó con esplendidez. Poseía un gran sentido de las obligaciones familiares.

El viernes antes de Pascua, Emily Arundell se encontraba en el vestíbulo de Littlegreen House, dando varias órdenes a la señorita Lawson.

Emily había sido una muchacha agraciada y ahora era una anciana elegante y bien conservada, de espalda erguida y ademanes enérgicos. El ligero tono amarillento de su tez constituía un aviso sobre el peligro que representaba para ella comer según qué alimentos.

—Vamos a ver, Minnie —dijo la señorita Arundell—, ¿dónde has colocado a los invitados?

—Pues, espero..., confío en haberlo hecho bien. Al doctor Tanios y su esposa, en el dormitorio caoba, y a Theresa, en el cuarto azul. Al joven Charles, en la antigua habitación de los niños...

La anciana la interrumpió:

—Theresa puede dormir en el cuarto de los niños y que Charles se quede en la habitación azul.

—Ah, de acuerdo. Lo siento. Creí que el cuarto de los niños sería un inconveniente para...

—A Theresa le gustará.

En los tiempos de la señorita Arundell, las mujeres ocupaban siempre el segundo lugar. Los hombres eran los miembros más importantes de la sociedad.

—No sabe cuánto lamento que no vengan los niños —murmuró la señorita Lawson con sentimiento. Le gustaban los niños, aunque era incapaz de manejarlos.

—Cuatro huéspedes son más que suficientes —repuso la señorita Arundell—. Además, Bella malcría demasiado a los pequeños. Nunca hacen lo que se les manda.

—La señora Tanios es una madre cariñosa —opinó Minnie Lawson.

—Bella es una buena mujer —afirmó Emily en tono serio.

—Debe de ser muy duro para ella vivir en una ciudad tan remota como Esmirna —comentó la señorita Lawson lanzando un suspiro.

—Puesto que ella ha escogido la cama, que duerma en ella —replicó la señora. Después de pronunciar esta defini-

tiva sentencia victoriana, añadió—: Me voy al pueblo. Tengo que hacer varios encargos para este fin de semana.

—Oh, señorita Arundell, deje que vaya yo. Quiero decir...

—¡Tonterías! Prefiero ir yo. Rogers necesita que le suelte algo bien firme. Lo malo de ti, Minnie, es que no eres suficientemente enérgica. ¡Bob! ¿Dónde está el perro?

Un terrier de pelo áspero bajó corriendo la escalera y empezó a dar vueltas alrededor de su ama, mientras lanzaba cortos y agudos ladridos de alegría anticipada.

La mujer y el perro salieron juntos por la puerta principal y avanzaron por la pequeña senda hasta la cancela.

Minnie Lawson se quedó observándolos, sonriendo vagamente con la boca un poco entreabierta. Detrás de ella, oyó una voz agria:

—Las fundas de almohada que me dio usted no son del mismo juego.

—¿Qué? Pero qué tonta soy...

Minnie Lawson volvió a enfrascarse en la rutina de los trabajos domésticos.

Entretanto, Emily Arundell, acompañada de *Bob*, avanzaba por la calle principal de Market Basing con aires de reina.

Era innegable que tenía un porte señorial. En todas las tiendas donde entraba, el dueño salía apresuradamente a su encuentro para servirla.

No en balde era la señorita Arundell, de Littlegreen House. «Una de nuestras más antiguas clientas.» «Una señora educada a la vieja usanza, de las que ya quedan pocas.»

—Buenos días, señorita. ¿En qué puedo tener el placer de servirla? ¿Que no estaba tierno? No sabe cuánto lamento oírlo. Creí que aquel solomillo estaba muy bien... Sí, desde luego, señorita Arundell. Si usted lo dice, así es... No, le aseguro que no pensaba despacharle a usted ningún géne-

ro de calidad inferior, señorita Arundell... Sí, ya me doy cuenta, señorita Arundell.

Bob y *Spot*, el perro del carnicero, daban vueltas uno alrededor del otro, con el pelo erizado y profiriendo gruñidos en tono bajo. *Spot* era un perro corpulento de raza indefinida. Sabía que no debía pelearse con los perros que acompañaban a los clientes, aunque se permitía darles a conocer, con sutiles indirectas, que si le dejaban los convertiría en picadillo.

Bob, que se preciaba de ser valiente, contestaba de la misma manera.

Emily Arundell lanzó un seco «¡*Bob!*» y salió de la tienda.

En la verdulería, se encontró con una reunión de voluminosas damas. Una de ellas, de contornos esféricos, pero también distinguida por su aire majestuoso, la saludó:

—Buenos días, Emily.

—Buenos días, Caroline.

—¿Esperas a los chicos? —preguntó Caroline Peabody.

—Sí, a todos: Theresa, Charles y Bella.

—Entonces, Bella está aquí, ¿verdad? ¿Su marido también?

—Sí.

Aunque fue un simple monosílabo, en el fondo las dos se comprendieron muy bien.

Porque Bella Biggs, la sobrina de Emily, estaba casada con un griego, y la gente «bien», como la familia Arundell, nunca había aceptado una boda con un griego.

A modo de consuelo, porque desde luego la cosa no podía tratarse abiertamente, la señorita Peabody dijo:

—El marido de Bella es inteligente. Además, tiene unos modales encantadores.

—En efecto —convino la señorita Arundell.

Mientras salían a la calle, Caroline preguntó:

—¿Qué hay del compromiso de Theresa con el joven Donaldson?

Emily se encogió de hombros.

—Hoy en día, los jóvenes son muy especiales. Me temo que va a ser un noviazgo largo; es decir, si no cambia algo. El muchacho no tiene dinero.

—Pero Theresa dispone de su propio dinero —adujo la señorita Peabody.

—Un hombre está en su derecho de aspirar a que no lo mantenga su mujer —replicó la señorita Arundell con sequedad.

La señorita Peabody emitió un sonoro cloqueo gutural.

—Me parece que ahora eso no le importa mucho a nadie. Tú y yo estamos anticuadas. Aunque no llego a comprender qué ha visto esa niña en él. ¡Esos jóvenes son tan insípidos!

—Según tengo entendido, es un médico bastante bueno.

—Pero con esas gafas ¡y esa forma tan seca de hablar! En mis tiempos, lo habríamos considerado un zoquete engreído.

Hubo una pausa, mientras la señorita Peabody rebuscaba entre sus recuerdos del pasado y conjuraba la visión de hombres arrogantes y barbudos. Después dijo con un suspiro:

—Si viene, envíame al joven Charles para que lo vea.

—Descuida. Se lo diré.

Las dos damas se separaron.

Hacía más de cincuenta años que se conocían. La señorita Peabody estaba enterada de ciertos episodios no muy edificantes de la vida del general Arundell, padre de Emily. Sabía también el disgusto que el matrimonio de Thomas Arundell había causado a sus hermanas y tenía una idea bastante acertada sobre varias incidencias relacionadas con la nueva generación de los Arundell.

Pero ni una palabra se había cruzado entre ellas respecto a estas cuestiones. Eran las representantes de la dignidad, la solidaridad y la más completa reticencia en los asuntos de familia.

La señorita Arundell se dirigió a su casa con *Bob* trotando detrás de ella. Emily admitió para sus adentros lo que nunca habría reconocido ante ningún otro ser humano: el descontento que le producían sus parientes jóvenes.

Theresa, por ejemplo. No tenía el menor control sobre ella desde que había dispuesto de su propio dinero, al cumplir los veintiún años. Desde entonces, la muchacha había conseguido cierta notoriedad. Su fotografía aparecía a menudo en los periódicos. Formaba parte de una joven, brillante y atrevida pandilla de Londres. Se entregaba a extravagantes diversiones que, en más de una ocasión, habían terminado en una comisaría. No era la clase de popularidad que Emily aprobaba para un Arundell. De hecho, le disgustaba en gran medida la manera de vivir de Theresa. Por lo que se refería al noviazgo de la muchacha, estaba un tanto confusa. Por una parte, no podía considerar a un médico principiante como Donaldson suficiente buen partido para una Arundell. Por otra, estaba segura de que Theresa era la esposa menos indicada para un apacible médico de pueblo.

Sin darse cuenta, sus pensamientos se centraron en Bella. A ella sí que era difícil encontrarle tacha. Era una mujer íntegra, esposa devota y madre ejemplar, ¡y extremadamente tonta! A pesar de todo ello, no podía aprobar por completo su forma de ser porque se había casado con un extranjero, y no era tan solo extranjero, sino que además griego. En la mente llena de prejuicios de la señorita Arundell, un griego era casi como un turco o un argentino. El hecho de que el doctor Tanios fuera encantador y tuviera fama de conocer a fondo su profesión hacía que se sintiera todavía más predisuelta contra él. No le gustaban ni los modales afectuosos ni los cumplidos, pues desconfiaba de ellos. Por esta razón, también le fue muy difícil querer a los niños. Ambos se parecían físicamente a su padre y no podía encontrarse nada inglés en ellos.

Y luego estaba Charles.

Sí, Charles.

No servía de nada cerrar los ojos a la realidad: a pesar de ser encantador, no se podía confiar en él.

Emily parpadeó. Se sintió súbitamente cansada, vieja, deprimida.

Pensó que su vida no podía durar ya mucho más.

Recordó el testamento que había escrito hacía algunos años.

Legados a los criados, otros para obras de caridad, y el grueso de su fortuna, bastante considerable, repartida equitativamente entre ellos, sus tres parientes más próximos.

Seguía opinando que había obrado de la forma más justa y razonable. De pronto, una pregunta cruzó su mente. ¿Habría alguna manera de asegurar la parte de Bella para que su marido no pudiera aprovecharse? Consultaría al señor Purvis.

Llegó a la cancela de Littlegreen House.

Charles y Theresa llegaron en coche. Los Tanios, en tren.

Los hermanos llegaron primero: Charles, alto y apuesto, saludó con su habitual tono burlón:

—¡Hola, tía Emily! ¿Cómo está nuestra muchacha? ¡Parece que se encuentra usted muy bien!

Y la besó.

Theresa arrimó una joven e indiferente mejilla a la ya marchita de Emily.

—¿Cómo está, tía Emily?

Theresa no tenía ni mucho menos buen aspecto, pensó su tía. Debajo del espeso maquillaje, el rostro parecía macilento y tenía sendos semicírculos oscuros alrededor de los ojos.

El té estaba servido en el salón. Bella Tanios, con el pelo desparramado en mechones bajo su bonito sombrero, colocado con más buena intención que acierto, miraba fijamen-

te a su prima Theresa, esforzándose patéticamente por asimilar, para acordarse luego, los detalles de la ropa que usaba la muchacha. En esta vida, el destino de la pobre Bella era sentir una intensa pasión por todo lo que se refería a la moda sin poseer el menor gusto. Los vestidos que llevaba Theresa eran más caros, un poco atrevidos quizá, pero la chica tenía una figura exquisita.

Cuando Bella llegó a Inglaterra desde Esmirna, trató por todos los medios de imitar la elegancia de Theresa a un coste y una calidad inferiores.

El doctor Tanios, alto, barbudo y bien parecido, hablaba con la señorita Arundell. Tenía una voz cálida y sonora, una voz atractiva que encantaba al oyente casi contra su voluntad. A pesar de sus prejuicios, fascinó a Emily.

Minnie Lawson, entretanto, estaba atareadísima. Iba de aquí para allá, llevaba platos y recolocaba las tazas en la mesilla de té. Charles, que poseía unos modales excelentes, se levantó más de una vez para ayudarla, aunque ella no se lo agradeció.

Después del té, salieron todos a dar una vuelta por el jardín y Charles murmuró por lo bajo al oído de su hermana:

—A la señorita Lawson no le gusto. Es extraño, ¿no te parece?

—Muy extraño —replicó Theresa jocosa—. ¿De modo que existe una persona que se resiste a tus encantos fatales?

Charles hizo una mueca burlona.

—Suerte que se trata solo de la señorita Lawson.

La aludida paseaba con la señora Tanios y le preguntaba por los niños. La cara un tanto triste de Bella se iluminó. Se olvidó de Theresa y empezó a hablar animadamente. Mary había dicho una cosa tan graciosa mientras estaban en el barco...

Bella encontró en Minnie Lawson una oyente que simpatizaba con cuanto decía.

Poco después, un joven de cabellos rubios, expresión solemne y gafas, salió de la casa y avanzó por el jardín. Parecía algo incómodo. La señorita Arundell le dio la bienvenida en tono cortés.

—¡Hola, Rex! —exclamó Theresa.

Lo cogió del brazo y ambos se alejaron del grupo.

Charles hizo una mueca y se fue a hablar con el jardinero, su viejo aliado desde que era un chiquillo.

Cuando la señorita Arundell volvió a entrar en la casa, Charles estaba jugando con *Bob*. En lo alto de la escalera, el perro tenía una pelota en la boca y movía alegremente la cola.

—Vamos, chico —dijo Charles.

Bob se sentó sobre sus patas traseras y empujó la pelota con el hocico, muy despacio, hasta el borde del primer peldaño. Cuando por fin cayó, se alzó sobre las patas traseras dando muestras de gran regocijo, mientras la pelota rebotaba de un peldaño a otro. Charles la recogió y volvió a lanzarla hacia arriba. *Bob* la atrapó al vuelo. Después, la maniobra se repitió una vez más.

—Es un experto —indicó Charles.

Emily Arundell sonrió.

—Podría pasarse horas así —dijo.

Dio media vuelta y se dirigió al salón, seguida por Charles. *Bob* soltó un ladrido de disgusto.

Mientras miraba a través de la ventana, Charles comentó:

—Mire a Theresa y a su novio. ¡Hacen una pareja muy rara!

—¿Crees que Theresa se ha tomado la cosa realmente en serio?

—¡Está loca por él! —contestó Charles en tono confidencial—. Es una elección bastante rara, pero qué le vamos a hacer. Creo que debe de ser por la forma en que él la mira, como si fuera un espécimen científico y no una mujer. Eso es una novedad para Theresa. Lástima que el chico no ten-

ga donde caerse muerto. Theresa tiene unos gustos demasiado caros.

—No me cabe la menor duda de que ella podría cambiar de estilo de vida si quisiera —comentó su tía con tono desabrido—. Después de todo, Theresa tiene sus propios ingresos.

—¿Cómo? ¡Ah, sí, sí! Desde luego.

Charles dirigió a su tía una mirada casi culpable.

Por la noche, mientras estaban reunidos en el salón esperando a que sirvieran la cena, se oyó un gran estrépito en la escalera. Charles entró al cabo de un momento con la cara sofocada.

—Lo siento, tía Emily. ¿Llego tarde? Ese perro casi me hace dar un batacazo de mil demonios. Se ha dejado la pelota en lo alto de la escalera.

—¡Qué perrito más descuidado! —exclamó la señorita Lawson al tiempo que se inclinaba hacia *Bob*.

El perro la miró con desdén y volvió la cabeza hacia otro lado.

—Lo sé —dijo la señorita Arundell—. Es verdaderamente peligroso. Minnie, ve a buscar la pelota y guárdala.

La señorita Lawson se apresuró a cumplir la orden.

El doctor Tanios monopolizó la conversación durante casi toda la velada, contando divertidas anécdotas de su vida en Esmirna.

El grupo se fue a la cama temprano. La señorita Lawson, cargada con un ovillo de lana, un par de gafas, una gran bolsa de terciopelo y un libro, acompañó a Emily hasta su habitación, sin dejar de charlar animadamente.

—El doctor Tanios es muy divertido. ¡Su compañía es muy grata! Aunque no me agradaría vivir así: tener que hervir el agua y esa leche de cabra que tiene un sabor tan desagradable...

—No seas tonta, Minnie —interrumpió la anciana—. ¿Le has dicho a Ellen que me llame a las seis y media?

—Desde luego, señorita Arundell. Le dije que no preparara té, aunque no creo que eso sea aconsejable. Como usted ya sabe, el vicario de Southbridge, que es uno de los hombres más escrupulosos que conozco, me dijo claramente que no había ninguna necesidad de ayunar...

Una vez más, la señorita Arundell la interrumpió.

—Nunca he tomado nada antes del servicio matutino y no voy a empezar ahora. Tú puedes hacer lo que te parezca.

—¡Oh, no...! No he querido decir... Estoy segura de que...

La señora Lawson estaba aturdida.

—Quítale el collar a *Bob* —dijo la señorita Arundell.

La mujer se apresuró a obedecer.

—¡Qué velada tan agradable! Parecen todos tan contentos de encontrarse aquí... —opinó.

—¡Ya! —refunfuñó Emily Arundell—. Están aquí para ver lo que pueden sacarme.

—Oh, no diga eso, señorita Arundell...

—Mi querida Minnie, no soy tonta. Solo me pregunto quién de ellos empezará a pedir primero.

No tuvo que esperar mucho para salir de dudas. La señorita Lawson y ella volvieron del servicio matutino poco después de las nueve de la mañana. El doctor Tanios y su esposa se hallaban en el comedor, pero no había el menor rastro de los hermanos Arundell. Después de desayunar, el matrimonio se retiró y Emily se ocupó de anotar varias cuentas en una libreta.

Alrededor de las diez, entró Charles.

—Siento llegar tarde, tía Emily. Aunque Theresa es peor que yo. Todavía no ha abierto los ojos.

—A las diez y media se quita la mesa del desayuno —replicó la señorita Arundell—. Ya sé que está de moda no tener la menor consideración con el servicio, pero en mi casa eso no ocurre.

—¡Bravo! ¡Ese es el auténtico espíritu señorial!

Charles se sirvió un plato de riñones y se sentó junto a ella.

Su sonrisa, como de costumbre, resultaba muy atractiva. Casi sin darse cuenta, Emily Arundell se encontró de pronto dedicándole una indulgente sonrisa. Alentado por esta muestra de confianza, Charles se lanzó.

—Oiga, tía Emily. Siento mucho tener que molestarla, pero estoy en un aprieto. ¿Podría usted ayudarme? Cien libras bastarían.

La expresión que adoptó en ese momento su tía no era precisamente alentadora. Dejaba claro el disgusto que le causaba aquello.

Emily Arundell no tenía reparos en decir lo que sentía. Y lo dijo.

Minnie Lawson, que andaba trajinando por el vestíbulo, casi tropezó con Charles cuando este salió del comedor. Lo miró con curiosidad y luego entró en la habitación, donde encontró a la señorita Arundell sentada muy erguida y con la cara arrebolada.